

con sencillez y pureza de corazón. Mirád por la gloria de vuestro santo nombre, haciendo enmudecer á los insensatos que tienen la osadía de desconocer vuestra providencia diciendo : *manus nostra excelsa, et non Dominus, fecit hæc omnia* (1); pero compadeciéndoos al mismo tiempo de las flaquezas de los que, aunque pecadores, os reconocemos como único dueño de nuestras voluntades. Hacéd por último que os amemos, sirvamos, adóremos, cumplamos exactamente vuestra ley, y seamos siempre, siempre vuestro amado pueblo. Amen.

(1) *Deut. c. 32. v. 27.*

## HOMILÍA.

### SOLO LA GRACIA DE DIOS

■ PUEDE HACERNOS FELICES EN ESTA VIDA.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA  
DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam.*

Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber; tú de cierto le pedirias á él, y te daria agua viva.

*S. Juan, c. 4. v. 10.*

No son ménos sublimes que numerosas las ideas que excita en mi alma la lectura del presente Evangelio. Un Dios inmenso fatigado de tan corto viaje! ¡un Dios, impasible por naturaleza, sujeto á las miserias que son en el hombre tristes presagios de su mortalidad! ¡un Dios, criador omnipotente, mendigando de la vil criatura un vaso de agua, para mitigar su sed! ¡un Dios, santo por esencia y tan celoso de su honra, familiarizándose en público con una infame pecadora! ¡un Dios, infinitamente sabio, cometiendo á una imprudente mujerzuela la predicacion de su divinidad! ¡un Dios justo franqueando el inmenso tesoro de sus gracias á un endurecido corazón, que le niega un vaso de agua junto á la misma fuente! ¡un Dios... pero no hay en todo el Evangelio una sola palabra en que no se oculten misterios muy profundos; que no arrojen de sí documentos del mayor interés.

Si la mision, si la vida y muerte del Salvador no tuvieran



por objeto la salud eterna de los hombres, tal vez mi razon vacilante no acertaria á resolverse en la eleccion de asunto; mas como aquella sea la materia principal de nuestra creencia; como todos los misterios contenidos en el viaje de Jesucristo á Samaria, se dirijan á este determinado fin; y como este divino Maestro en aquella expresion enfática: *si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi: da mihi bibere; tu forsitan petisses ab eo*; nos descubra con demasiada claridad, que el conocimiento del don de Dios y del que nos lo ofrece, es un medio efficacísimo para que lo deseemos, lo pidamos, lleguemos á obtenerlo y á asegurar por este camino la posesion de una inmortalidad bienaventurada, he creído oportuno recordar, inculcar en este dia aquellos saludables conocimientos. Con efecto las palabras que este divino Maestro dirigió á la Samaritana, y el feliz resultado de su conversacion, todo me estimula á creer, que su principal deseo era comunicarnos el don de Dios, único arbitrio que su providencia nos reserva para conseguir nuestra felicidad.

Á ejemplo suyo desearia inspirar en el cristiano corazon de mis oyentes alguna idea de este don celestial, y excitar en ellos el conocimiento del Señor que nos lo ha proporcionado con su venida. Mas por desgracia ni yo soy el Mesias ni mi auditorio se compone de Samaritanas. Sin embargo yo veo que en manifestacion del poder irresistible de su brazo elige ordinariamente la providencia adorable del Señor los instrumentos mas débiles para ejecutar los planes mas difíciles; y sé igualmente que no se agotó ese manantial fecundo de aguas vivas, por haber colocado una fuente tan copiosa de ellas en el pecho de la pecadora feliz, á quien se dió á conocer, y de quien se hizo amar en este dia. Dignáos, redentor benignísimo y médico de nuestras almas, concedernos una sola gota de esas aguas salubérrimas, para que obre en nosotros iguales efectos. Así os lo pedimos por la intercesion de vuestra Madre santísima. *Ave María.*

Aunque no haya bien alguno que no debamos á la beneficencia del Señor, se da no obstante á la gracia sobrenatural el nombre de don de Dios, porque por ella se comunica el Espíritu santo á nuestras almas, las eleva sobre toda la naturaleza, las regenera y las deifica, no solo haciéndolas semejantes á sí mismo, sino participantes de su infinita naturaleza. ¿Pudiera ja-

mas el hombre aspirar á tanto honor, á tan inefable grandeza, á tan sublime gloria? Mas ay! era mucha su debilidad para poderse sostener mucho tiempo en tanta elevacion. Al contemplarla, soberbio se desvanece, y... Miserable! cayó y precipitó consigo á su desventurada posteridad. Esta no solo no conoce aquella dicha, sino que la desprecia, acaso por desconocer tambien al divino Salvador que se la proporciona. Así lo asegura la Sabiduría eterna diciendo á la pecadora de Samaria: si tú supieras lo que es el don de Dios y quién te lo ofrece, indudablemente lo hubieras solicitado con vivas ansias, y él te lo hubiera concedido con indecible complacencia. ¡Funesta ignorancia, justo castigo del orgullo ambicioso, y origen desventurado de las interminables miserias que acosan al hombre! ¿Es posible que abundando de ideas filantrópicas nuestro siglo, no se haya pensado seriamente en descubrir al pecador este inmenso tesoro? No hay descubrimiento mas interesante, pero tampoco le habrá tal vez mas difícil. Porque como no hay medio de hacer al ciego de nacimiento que forme idea de la luz y de los colores, así parece tambien una empresa temeraria inspirar la idea de la justicia á quien nunca le ha ocurrido; al que jamas abandonó el tortuoso camino de la iniquidad que emprendió desde sus mas tiernos años. En esta dificultad, insuperable al parecer, es necesario aprovechar las ideas que le son familiares y en que tanto se ceba su triple concupiscencia, tratando por este medio de fomentar en su corazon un ardiente deseo de conseguir á toda costa aquel bien con que no pueden compararse todos cuantos busca y se proporciona por medio del desórden. Oh! es indudable que lo desearia en efecto, si conociera lo que es en sí mismo, lo que vale y lo que cuesta.

Examinemos despacio estas tres circunstancias. ¿Qué viene á ser en sí mismo este don celestial? Todo estaba concluído, si yo fuera tan feliz que acertara á hacer de él una exacta descripcion. La idea que de él acabo de dar, es muy débil, sumamente imperfecta y oscura. Si queremos aclararla algun tanto, preguntemos al primer hombre, ¿cuál fuera el imprudente deseo que le precipitó en el abismo de tantas miserias? y si no nos responde, oigamos lo que por él nos dice un ilustrado profeta: *homo cum in honore esset, non intellexit* (1). Infeliz! ambicio-

(1) *Psalms. 48. v. 13.*



naste la semejanza con el Criador! Qué soberbia, qué ceguedad es la tuya? ¿Cómo no adviertes que por esa desmesurada ambición arrojas de ti lo mismo que tan vivamente solicitas? Si ella no dejara en tinieblas tu entendimiento, no podría habérsese ocultado esa semejanza que apetece, porque en tu alma está: no podrías ménos de ver que la divina gracia que recibiste con la vida, te habia colocado en una esfera muy superior á toda la naturaleza criada, que te habia hecho templo animado del Espíritu divino, hermano del Verbo eterno, hijo verdadero del Padre celestial. No podrías ménos de ver, que por esa gracia de que te despojó tu soberbia, eras no solo semejante, sino de una misma naturaleza con tu Dios; que te animaba su mismo espíritu; que vivías su misma vida.

No molestaré la atención del auditorio repitiendo los merecidos elogios que de este don precioso hacen Moises, Salomon, David, los evangelistas, los apóstoles, todos los escritores sagrados, pues, aunque innumerables todos ellos, son demasiado cortos para quien sabe que por él entra el hombre á participar de la naturaleza de su Dios: trataré solo de recordarle lo mucho que cuesta, para que pueda inferir de aquí lo que vale. No hablo de los sacrificios y negaciones á que se debe sujetar el que quiera conservar esta preciosa joya, porque ¿qué es el hombre, qué es todo el globo de la tierra comparado con ella? Solo hago mérito del precio que exigió la justicia infinita por dispensar á los pecadores este beneficio.

Para poder en algun modo conocerlo, acerquémonos al pozo de Sicar, y viendo al Unigénito de Dios rendido de fatiga, abrasado de calor, atormentado de sed, reducido al extremo de mendigar de sus mismas criaturas un débil auxilio, que desapiadadas le rehusan con pretextos frívolos é insolentes sarcasmos; cuando arrebatados de admiración vayamos á prorumpir en alabanzas y bendiciones de las divinas misericordias, suspendamos un momento los impulsos de nuestro religioso corazón, porque aún no hemos visto mas que una sombra ligerísima, aún no hemos presenciado la verdad. Elevemos nuestro pensamiento á Jerusalem, donde se dejará ver este Dios-Hombre oscurecida su gloria, afeada su hermosura, debilitado su poder, anonadada su grandeza. Allí le veremos con asombro, caminar ostigado de una fatiga insoportable; caer hasta tres veces, oprimido por el enorme peso de la cruz, en que ha de ser

inmolado; le veremos tendido y clavado inhumanamente en ese madero infame; atormentado de una sed mortal, que le hace clamar por algun refrigerio á las puertas de nuestro corazón, por aquel lastimoso *sitio*, en que nos pone de manifiesto todo el rigor de nuestra desgracia y todo el exceso de su amor. La sed que le devora, es el deseo de nuestra salud y de restablecernos en la gracia de Dios, que sin este arbitrio jamás llegaríamos á conseguir. Este es el objeto de su venida al mundo, la causa de sus tormentos y el fin á que dirige su sacrificio: por él acepta gustoso el fatal decreto de su muerte, derrama hasta la última gota de su sangre, apura las heces del cáliz amargo y sacrifica su propia vida. La vida de un Dios inmortal es, cristianos pecadores, el único precio de la divina gracia. La plata, el oro, las perlas, los diamantes, el universo entero es mucho ménos que un polvo de estiércol en su comparación: los méritos de todos los hombres, y aún de todos los ángeles, como de un orden inferior y limitado, son insuficientes, no tienen proporcion alguna con la divina gracia. Este don sublime, infinito, divino no podia exigirse de justicia sin presentar por él un precio de la misma estimación, de la misma clase, de la misma naturaleza. Solo un Dios puede ser el precio correspondiente á la gracia en que se comunica el mismo Dios. Por eso se llama expresamente don de Dios, por ser propio del Señor, como que en él se nos da á sí mismo; como que solo Dios ha podido merecerlo, y como que vale nada ménos que la posesión de todo un Dios.

Qué asombrosa diferencia entre el pecador y el justo! Aunque el primero sufra los mayores tormentos, ofrezca los sacrificios mas dolorosos, y ejecute las obras mas heroicas de las virtudes, no puede alegar el menor derecho á la gracia de Dios ni á la posesión de su gloria, porque no está marcada su frente con la sangre del Cordero; y si llega entónces el ángel exterminador, es inevitable la muerte del primogénito. El segundo, con la menor de las virtudes, con un ligero suspiro, con una levisima aspiración merece de justicia una corona de gloria inmortal: todas y cada una de sus buenas obras se unen en el momento de practicarse, y se empapan en la preciosa sangre que aceptó el soberano Juez, como un precio superabundante por nuestra salud; la que no puede negar á quien le presente esta honorífica marca, pues faltaria á las leyes inviolables de su



fidelidad. De aquí el consuelo, la tranquilidad, la dulce satisfacción que goza el justo en medio de las tribulaciones; cuando el pecador es atormentado en medio de sus placeres de una sed insaciable, de unas zozobrosas inquietudes, de unos crueles remordimientos. Nada mas puede apetecer quien está persuadido de que posee á su Dios, y de que le asiste un derecho de justicia para poseerle con mas perfeccion y seguridad por la duracion de los siglos eternos: al contrario nada puede llenar el vacío, nada puede mitigar la sed abrasadora de un alma, que jamas consigue lo que no puede ménos de desear, cual es la del pecador. *Sitiet iterum*, dijo con mucha propiedad Jesucristo á la Samaritana, cuando se hallaba con su cántaro cerca del pozo; que fué lo mismo que decir: aunque tenga proporcion el pecador para gozar todos esos placeres que el mundo le promete, no llenará sin embargo los inmensos deseos de su corazón: *Sitiet iterum*. Si ha de acumular tesoros, tiene que privarse de los regalos y deleites; para gozar estos, es necesario prodigar el oro, exponer la salud y atropellar las leyes del honor; si apetece la gloria, es preciso que sacrifique su tranquilidad, sus placeres, sus riquezas y ese honor que tan ardientemente desea; *Sitiet iterum*. Y prescindiendo de esto, ¿quién es el que dominado de una de las tres principales pasiones, ha llegado jamas á saciarla? Demasiado acredita la experiencia que cuanto se halaga mas una pasion desordenada, tanto mas se irrita y acrecienta: *Sitiet iterum*. Como el infeliz enfermo, dice con mucha elegancia un filósofo digno de este nombre, da mil vueltas en el triste lecho del dolor, buscando en las diferentes posiciones el descanso que en ninguna encuentra; como el hidrópico, ó como el que padece una fiebre demasiado ardiente, que creyendo hallar en el agua algun alivio, la beben ansiosos con abundancia, con lo que avivan el fuego, hacen la sed mas insoportable, el dolor mas cruel y mas grave el peligro; así el pecador, cuanto mas trabaja por saciar sus apetitos, tanto mas acrecienta su miseria: *Sitiet iterum*. Experimenta siempre el mismo vacío, la misma inquietud, los mismos deseos. Y para colmo de su desgracia la experiencia no es bastante á desengañarle; no llega á persuadirse de que su corazón no se ha formado para estos bienes aparentes, efímeros y falaces; no comprende que su destino es mas noble, su fin mas elevado, y que mientras no lo consiga, no puede ménos de ser infeliz.

Comparemos al pecador en el colmo de su pretendida dicha con el justo sumergido en el abismo mas profundo de la miseria. Si no nos fiamos de meras exterioridades y penetramos hasta el interior de ambos, conoceremos que el primero es verdaderamente infeliz y el segundo verdaderamente dichoso. Todo cuanto á este rodea, nos dice con la mayor energía: esta, esta es la verdadera felicidad.

Sí, lo es en efecto; en cuyo caso, quién no se decide abiertamente por ella? ¿Daremos lugar á que se nos compare con el bruto de la fábula, no buscando con un celo infatigable este precioso don de Dios que de algun modo conocemos? Y qué motivo tenemos para conducirnos de ese modo? Nos asusta la dificultad de conseguirlo? ¿Diremos como la Samaritana: *puteus altus est, neque in quo haurias habes*? No permita Dios que aumente yo el número de los corruptores de la moral, que empeñados en conciliar á Cristo con el demonio, quieren dejar expedito el camino del cielo, sin advertir que está situado en una elevacion inaccesible á los que caminan al nivel de la tierra; pero léjos de mí igualmente las ideas de esos hipócritas novadores, que predicando un desmesurado rigorismo, destruyen la Religion fingiendo purificarla; hacen impracticable la senda de la gloria á fuerza de estrecharla, y excitan el odio contra el Evangelio ponderando la austeridad de sus preceptos. Diré sí, *puteus altus est*: es arduo, es difícil de conseguir y conservar el don de Dios, porque para ello necesitamos luchar fuertemente con nuestra naturaleza, hacernos una violencia continuada: *neque in quo haurias habes*: y no alcanzan á tanto nuestras fuerzas, debilitadas por la culpa universal.

Es difícil; pero nos acobardaremos por eso? Qué! no habrá quien pueda y quiera infundirnos el poder necesario? Fijemos la vista en el Señor que nos ofrece tan interesante beneficio, y al punto se desvanecerán las dificultades; porque es un Dios omnipotente y ciego de amor por nosotros; es el Mesías anunciado de tan diversas maneras, el que por tantos siglos fundó la esperanza de todos los creyentes; es aquel portento de caridad, que siendo en todo igual á Dios, se dignó humillarse, abajarse, sacrificar su inocente vida por la salud de los hombres; es un Dios, á cuya voluntad nada puede oponerse, cuyo amor no conoce límites, cuyas promesas son incomparablemente mas seguras que la tierra y el cielo. ¿Quién dudará pues, llegando á



conocerle? Si la Samaritana se burla de su necesidad, si insulta su paciencia, si desprecia sus dones, si duda de sus palabras, es porque no tiene la dicha de conocerle; mas apenas oye de sus labios aquella verdad encantadora y sublime, *Ego sum qui loquor tecum*, depone las dudas, se rinde á su voluntad, dilata los senos de su corazon á los impulsos de la gracia, se transforma, y embriagada con su nueva verdadera dicha, olvida, aborrece cuanto ántes buscaba con ansia. Ya no siente necesidad alguna, no se acuerda del agua, abandona el cántaro, y despreciando su reputacion ella misma publica su infamia. Ocupada de su felicidad, y no deseando otra cosa sino que todos participen de ella, se vuelve con precipitacion al pueblo, convoca á sus conocidos, y rebosando por todas partes el indefinible júbilo que siente su alma, venid, les dice, que á todos se abren las puertas de la felicidad. Yo he hallado una fuente inagotable de aguas vivas; unas aguas que apagan la ardiente sed de nuestro corazon; unas aguas que vivifican, deleitan, embriagan y hacen felices á cuantos las beben. He hallado al Salvador, al Mesías, al Unigénito de Dios, vestido de nuestra grosera carne para comunicarnos sus dones, su gloria, su divinidad. Con estas y otras expresiones, no ménos enérgicas, sugeridas por el Espíritu del Señor que habitaba ya en su alma, y le comunicaba sus celestiales dulzuras, logra persuadir á una multitud de samaritanos, que admirados de tal prodigio, corren ansiosos por ver al que tanto les pondera; y oyendo sus palabras de vida eterna, reconocen su divinidad, la adoran respetuosos y gozan de lleno el don celestial.

Tan maravillosa es la eficacia de aquella expresion, *Ego sum qui loquor tecum*. Ah! ella es la única que sostuvo la esperanza del pueblo fiel en una serie tan dilatada de siglos; ella es la que ahuyentó del mundo la ignorancia, la barbarie, la miseria, bañando todo el globo con los resplandores de su luz celestial; ella es la que convirtió la tierra en un paraíso de delicias, extendiendo por todas partes el gérmen de la inmortalidad. Verdad interesante! Felices los pueblos que la acogieron con docilidad! ¡Mil y mil veces dichosos los que á su voz conocieron á Jesucristo!

Ni es tiempo oportuno, ni el pundonor español sufriria que yo me detuyera á dar á conocer el Dios, que hace ya 18 siglos está adorando esta nacion católica; pero es indudable que la tempes-

tad horrorosa de males que hemos sufrido, trae su origen del orgulloso empeño de arrancarnos esa creencia que tanta prosperidad y gloria ha merecido á la España; del empeño impío de hacernos desconocer la divinidad de Jesucristo y de su doctrina. No es mengua seguir la senda que nos indica otro, aunque sea nuestro enemigo, si puede sernos útil. Si pues cuantos han pretendido disolver la sociedad, convertir los hombres en fieras, estableciendo la ley única de la fuerza, han empezado por negar la verdad del Evangelio y la divinidad de su autor, conociendo ser esta creencia el único freno de las pasiones, el solo fundamento del orden, el apoyo de la justicia y el vínculo de la sociedad; nosotros debemos por el contrario defender, apoyar esta creencia, y resistir con la mayor decision las perniciosas máximas destructoras de aquellas verdades. Á las autoridades compete impedir la circulacion de esos folletos subversivos, que se han logrado introducir al abrigo de las pasadas revueltas; colocar un muro inexpugnable de diligentes centinelas que impidan una segunda irrupcion; hacer que se conozca, se crea y confiese por todos sus súbditos que el Unigénito de Dios, el autor de nuestra Religion santa, es el único que puede y quiere comunicarnos sus dones celestiales, y con ellos la felicidad verdadera. No se me oculta que esto es difícil: *puteus altus est*: sin embargo en ello se interesa la gloria de Dios; Dios lo quiere, lo manda, y al mismo tiempo está de nuestra parte. Sí, el Dios omnipotente, de quien dimana todo el poder de los gobiernos y toda la fuerza de las leyes; aquel Dios celoso de su honra que amenaza con todo el furor de su indignacion á los encargados de la custodia de Israel; que les reclama la sangre de cuantos perezcan por el menor descuido suyo; aquel Dios verdadero, que con solo descubrirse á una débil pecadora, atrajo por su conducto al conocimiento de su divinidad y á la participacion de sus gracias á toda Samaria. Resuene en toda la España esta sola voz, *Ego sum qui loquor tecum*; y será inalterable la paz, segura la reconciliacion de todos y restituída la gloria de nuestra nacion, porque su causa está identificada con la causa del Evangelio. En conociendo que Dios es quien nos ofrece sus dones, todos anhelaremos por conseguirlos; y conseguidos, nada mas se necesita para asegurar la felicidad individual y comun. Así sea.